

DESCRIPCION RURAL DE LA AGUADA

Por: FRAY ALBERTO E. ARIZA

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 77-78, Volumen XXI
Primer Semestre de 1963*

Un importante capítulo de su reciente libro sobre La Aguada es el escrito que debemos a la pluma del R. P. Alberto E. Ariza, religioso dominicano muy apreciado en nuestra capital.

La Aguada es uno de los Municipios de Santander que presentan mayores irregularidades en la topografía y clima de sus regiones. Hagamos un recorrido y anotemos las diversas impresiones que nos vaya brindando tan grato paseo.

Tomando el camino de San Joaquín, se va ganando altura a través de la vereda del Centro, toda cultivada en potreros y labranzas. Terminado el ascenso, se presenta la Meseta de San Martín con sus idílicas ondulaciones, donde ganados y cultivos alternan que es una bendición. Nada tiene esta tierra qué envidiar a la famosa campiña romana. Hasta se adivina también aquí el desfile de los conquistadores, que, acaudillados por Don Martín Galeano, cruzaron la región de Norte a Sur, en 1540, de regreso de la conquista de los Guanes, ¿Tendrá por ello la vereda el nombre de San Martín?

Volteando hacía el Sur, hallamos la vereda de El Encantado, tierra generosa y ciertamente encantadora, con su Alto de San Pablo y La Cuchara, espléndidos miradores que dominan extensos y variados panoramas.

Avanzando todavía más, está Carrero (o San Isidro), que participa del clima suave de El Encantado, y del más fuerte de La Plancha, ofreciendo así benéfica variedad de productos.

Luego, hacia el Oriente, la vereda de La Plancha, talud en áspera pendiente hacia la quebrada de Don Martín Ropero, tierra dura y de clima fuerte, pero que, ablandada con el sudor de sus dueños, brinda sin cesar consoladoras cosechas y pastos nutritivos, a pesar del tan acentuado, y en muchos puntos, vertiginoso descenso.

Continuemos la excursión. Guayabos y naranjos que salpican los campos de la albura de sus flores y del oro reluciente de sus frutos, nos irán dando protección contra los rayos solares, y brindarán, al par que regocijo al espíritu, fuerzas corporales con sus apetitosos frutos.

Ascendemos ahora por el camino de "El Olvido". Tras fuertes repechos, vamos dominando la espina que se desprende del Pico de la Guacamaya, y baja, como gigantesca iguana, hacia el cauce de la Ropero. De paso podemos visitar la Cueva de Ortices, adornada de estalactitas y estalagmitas, una de las muchas cavernas que se hallan en la región, colmadas de huesos humanos. El suelo está revolcado por los continuos curiosos que esperan hallar tesoros de indios. Canutillos de oro se han hallado, pero apenas para la muestra.

Más adelante, las Vueltas de La Artesa. En zig-zag forzado se va bajando hasta alcanzar la planada de "El Olvido", templada y fértil. Pasamos la quebrada de "El Alférez Real", que viene del Noroeste, hacia el río Suárez.

Y avancemos hacia la derecha: sobre el extremo Norte de la vereda de La Laguna, como remate de la cordillera de La Senda, al Sur de San Juan del Guacamayo, podemos admirar la gigantesca Piedra Encantada, vasto semicírculo coronado por potreros y labranzas, y que muestra hacia el Occidente un enorme marco semejando una puerta cerrada, que dizque en contados Viernes Santos se abre dejando ver en su interior un palacio colmado de riquísimos tesoros.

La tarde canta, envuelta en claridad. Aires tibios de la nativa tierra. Mirando al Occidente, tenemos a la derecha a San Juan del Guacamayo y la meseta de Yariguies. Por el valle del frente, de derecha a izquierda, corre la quebrada de "El Alférez Real", que nos recuerda a Don Antón de Olalla, compañero de Jiménez de Quesada.

Al frente, las encantadoras y exhuberantes tierras de "El Olivo", limitadas al fondo por imponente farallón, cortado a pico, contrafuerte de la Cordillera de La Guacamaya, desde cuya cumbre las guacamayas, hombro a hombro, gritando su "gras-gras", salvan valles y serranías para ir más allá, a otras cumbres inaccesibles. Más a la derecha, montes y abras se nos vienen de Oeste a Este para ser sorpresivamente tajados, y quedarse suspendidos en alto, asomándose al profundo cañón de la quebrada.

De la planicie reverberante, donde la cañabrava despliega al viento sus pendones airosos como regimientos de caballería en marcha, los senderos para hombres y bestias arrancan, y trabajan pero bravíamente van dominando la áspera pendiente, ora por debajo, ora por encima de los acantilados, a lo largo de empedrados a la sombra de los arrayanes, que exhiben la rosada desnudez de sus troncos y alfombran el duro camino con sus graciosas, diminutas y purísimas flores.

Es forzoso un descanso. Numerosas piedras de formas diversas brindan asiento, que el cansancio obliga a tomar. Bandadas de mariposas de todos los colores - rojas, azules, amarillas, negras, blancas, jaspeadas-, de distintos tamaños, vuelan balanceándose graciosamente, ya a flor de tierra, ya elevándose de cuando en cuando para besar al descuido el rostro del viajero. Qué despliegue de tintes, qué donaires aquellos del fugaz animalillo. Un instante más y ya están todas, grandes y pequeñas, sin distinción de colores, reunidas en un sitio determinado, al que van afluyendo para colocarse cabeza con cabeza, con las antenas en alto, abriendo y cerrando delicadamente las primorosas alas en graciosos ritmos, como conversando muy quedamente sobre quién sabe qué problemas del mundo mariposeril...

Por fin, jadeantes y sudorosos, alcanzamos los campos de San Joaquín, donde alcores y hondonadas se revuelven caprichosamente hasta alcanzar las serranías donde el termómetro baja a los 15 grados centígrados. Por la derecha se va a Santo Domingo, a San Jorge, a San Diego; por la izquierda, salvando el alto del Caraño y la ondulada planicie de San Martín, a La Aguada; y hacia el frente, torciendo hacia el Sudeste, se pasará por los hermosos campos de Fortunas para llegar al pueblo de La Paz.

Aquí está el terruño nativo. Bello paisaje nunca igualado, menos superado por los muchos que hemos visto bajo distintas latitudes. Campos rumorosos que saludaron nuestra venida al mundo, animaron nuestra infancia, inspiraron nuestra juventud; donde crecimos "respirando el aire puro de

las cañadas y el viento libre de los potreros" entonando con la Naturaleza el himno de la alabanza y de la gratitud a Dios.

Alternando van con cejas de bosques los potreros con sus ganados vacunos, caballares y ovinos, las huertas con los hogares de los cuales sube al cielo el humo azul al despertar el día al par que la dulce plegaria del santo Rosario. Campos para admirar de noche la fantástica danza de los cocuyos, que, en millares, bajan, suben, se cruzan, encendiendo y apagando sus fanales.

* * *

¿Y qué decir de la floresta? La cañabrava enarbolando sus airosos pendones; la majestuosa ceiba repartiendo a todo viento sus semillas en estuches de oro y seda; las esbeltas palmas, de tronco inmóvil y de inquieto y rumoroso penacho; el algarrobo, el gaque, el caraño, el estoraque, el encenillo, la quina y el caucho, de codiciadas resinas; el guayacán y el alcaparro, vestidos de gualda; el cámbulo y el arisá, explosiones de sangre en el boscaje; el comino y el brasil, el cedro blanco y el rojo, el nogal, el canelo, que al caer víctima del irresponsable leñador, perfuma la selva para despedirse de la vida; los caracolies, los robles, los conservas y los clavellinos; los pinos, las cucharas, los guarumos, los sauces, altivos unos, llorones otros; los alisos, los almuraduces y los borracheras (rojos, amarillos, blancos y rosados), que brindan traidora sombra para dormir a quien a ella se acoja; el "Pedrohernández", a quien, según creencia de algunos, hay que saludar sombrero en mano diciendo: "Buenos días, compadre chíracó", para no ser víctima de sus polvos, que producen hinchazones; y tantos otros "cuyos nombres se nos escapan", como dicen los cronistas sociales.

Y en frutas, qué riqueza y qué variedad de Guayabos, curas, guamos, cerezos, toronjas, no piden cuidado alguno; con ellos alternan mangos, naranjos, limoneros, papayas, piñas, guanábanas, piñuelas, duraznos, higos, peros y miles más, pasando por la gama de todos los climas hasta las uvas camaronas de la cumbre. El azafrán pone puntos de nieve en las laderas, atrayendo la codicia de los "reinosos", que, sin consideración alguna, destruyen las plantas para llevarse las colorantes raíces.

Y sobre el glauco de la variada fronda, puntos repetidos de follaje verde-oscuro, verde-jalde, tocados de blanco, violeta y escarlata: primor del paisaje, pinceladas de Dios sobre el manto de la tierra, los Sietecueros y Huesillos, jugando con el cayeno, el buganvíl, y las orquídeas alrededor de los hogares...

Semejante paisaje no puede menos de influir profundamente en el carácter de las gentes. Por eso, aún ya de viejos, advertimos muy dentro del alma, el coraje de la tierra, los rumores de los maizales y de los cañaduzales, los perfumes del orégano y del poleo, y en las pupilas van los imponentes farallones con el adorno de sus guacamayas, los horizontes abiertos, la dolorosa convulsión de la tierra, las llamaradas del cámbulo y del arisá, el gualda del guayacán, la marcha embanderada de la cañabrava, la fantástica polícromía del Sietecuecos y del Huesesillo, y en todo nuestro ser, el arraigo a la vida por encima de las repetidas mondaduras que, como en el Sietecuecos, ahí mismo les nace el cuero de repuesto. Por eso nuestra tumba podría señalarse con un Sietecuecos, a la sombra del cual, en tosca piedra, se grabara esta leyenda: "Aquí yace un Sietecuecos".

* * *

Ahora, otra vista del paisaje desde otro punto. Desde el "Pico del Arrayán", límite más alto de la heredad paterna, miremos hacia el Oriente. El escenario es magnífico en su inmensidad, dramático en su convulsa geografía, grandioso cual ninguno otro del territorio colombiano. Aún parecen sentirse los rugidos del cataclismo que hace unas millonadas de siglos dió a la corteza terrestre su actual configuración. Con la diferencia, eso sí, que esta brava y sacudida geografía de nuestro solar no ostenta la terrífica desolación de otras regiones de Santander, donde las cumbres inaccesibles y las laderas desgarradas por profundos barrancos semejan ciclópeos montones de ruinas, bajo una capa de silencio y soledad.

Aquí, en cambio, la tierra es pródiga en verdor, desde el fondo del valle hasta la serranía. Las mismas inmensas rocas contrafuertes que afirman su pie en el valle de la Alférez para empinarse fascinantes a refrescar la cabeza entre las nubes, ofrecen el regalo de balcones verdes y floridos, reservados, eso sí, a la sola vista, porque, afortunadamente, jamás ha llegado a ellos la mano destructora del hombre.

Y giremos de Norte a Oriente, de Oriente a Sur y de Sur a Occidente sobre nuestro magnífico mirador. Sobre el punto Norte, el Cerro de "Churri-Churri" (2.000 metros), vigía y defensa de San Juan del Guacamayo y de Contratación, la Ciudad del Dolor; la hermosa "Peña Encantada", cortada a pico en circunferencia por su parte Norte y Occidente, con grandes potreros y sembrados encima; y alejándose tajante la línea del horizonte, muy al fondo, las ondulaciones azules del Socorro, de Guadalupe, de San José de Suaita, de Oiba, Suaita. Chitaraque y la serranía de Gachalú sobre Gámbita, límite de los antiguos imperios de Guanés y Chibchas; otra vez más cerca, el Pico de la

Guacamaya, a cuya espalda está La Aguada, en el talud que cae a la quebrada de Don Martín Ropero y al río Suárez; al fondo, hacia el Sur, la colina de Tubabita cerca de Vélez, y más al fondo, en la azul lejanía, la "Peña de Saboyá", dejando ver el boquete por donde se despeña el Suárez; torciendo más al Occidente, la serranía de Landázurt, corriendo hacia La Paz: luego, las inmensas selvas del Opón y del Carare, con sus elevaciones de Cerro de Armas y Cuchilla de Micos. El misterioso relampagueo del Faro del Catalumbo realza en las noches la grandiosidad del panorama.

El agua, corriendo muy profunda (a nuestra izquierda, la quebrada del Alférez Real: a la derecha, la quebrada de Guancurí, y al frente, detrás de la meseta de San Martín, la quebrada de Ropero y el río Suárez), nos recuerda la meditación del poeta: "Nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar, que es el morir".

* * *

Y ahora, un consejo muy sincero a mis paisanos: amad vuestras breñas. Más poéticas ni más gratas no las hay en parte alguna, ni en el Viejo Mundo. Del caprichoso abandono de vuestros lares no obtendréis sino desventajas, materiales y morales. Nada perderéis de no haber vivido en la monótona planicie andina, en las ardientes llanuras del Tolima, o en los mortíferos valles del Magdalena o del Cauca, que cobran caro al colono la fácil abundancia de las cosechas. No puede cambiarse el apuntar del día de San Joaquín, cuando los girones de las nubes luchan por no desprenderse de los picachos de nuestras sierras, por el perezoso amanecer de las sabanas con sus neblinas apegadas a la tierra, que ni con el sol acaban de moverse. Ni la exhuberancia de nuestro pegujal, rico en todos los productos agrícolas, por los monótonos, aunque ciertamente bellos, sembradíos de papas, trigos y cebadas.

Nada perderéis de no haber abandonado vuestros lares en alas de una vana curiosidad para conocer otros mundos; que viajes han de hacerse cuando la utilidad del estudio o la necesidad de la salud o el imperio de la obediencia lo requieran, pero nunca a título de mera curiosidad. ¿Hay algo más decepcionante que unos caprichosos viajeros? Sus impresiones no valen la pena ni para ellos, que regresan con el espíritu más seco de lo que antes lo tenían, ni para quienes se toman la molestia de oírles sus estudiadas descripciones, que se esfuerzan por presentar interesantes para no aparecer vencidos de espíritu y del bolsillo.

Quien corre durante seis meses a lo ancho o a lo largo del planeta, gastando lo que no tiene, ha visto y ha aprovechado menos de lo que yo veo y aprovecho en el mismo tiempo aspirando los perfumes de mi tierra, el aire, la luz y el esplendor de mi paisaje.

Ni quiere decir esto que todos han de aspirar a morir donde nacieron. Las circunstancias tan diversas de la vida imponen muchas veces inesperadas soluciones. Pero ya que estemos arraigados al suelo natal, ya que nos hallemos lejos de él, debemos mantener nuestro cariño por la patria chica, interesarnos por ella, defendida, ayudada, estudiar iniciativas o secundarias en bien de su progreso moral, intelectual y material: allí está nuestra primera iglesia, allí la pila bautismal donde fuimos hechos cristianos, allí el ambiente donde se desarrollaron las primeras actividades de nuestra vida, allí el cementerio donde reposan nuestros antepasados. La patria chica es parte de nuestro ser.

Por experiencia lo podemos decir: más profundo y viva emoción nos produce el modesto frontis de la iglesia de nuestra infancia que imponentes pero extrañas catedrales; la nuestra es parte de nuestra entraña; aquellas, con toda su mole, son cosas ajenas a nosotros, fantasmas de una edad desaparecida, restos de un naufragio en el mar sin orillas de la Historia de caducas naciones, vértebras sueltas de un gigante, tiradas sobre un suelo pisoteado por los bárbaros de ayer y de hoy con diversas denominaciones, restos que si nos inspiran el respeto por una magnificencia que fue, no suscitan en nuestra alma ternura ni cariño, que, al fin y al cabo, es lo que más cuenta en nuestras relaciones humanas mientras seamos peregrinos en la tierra.

